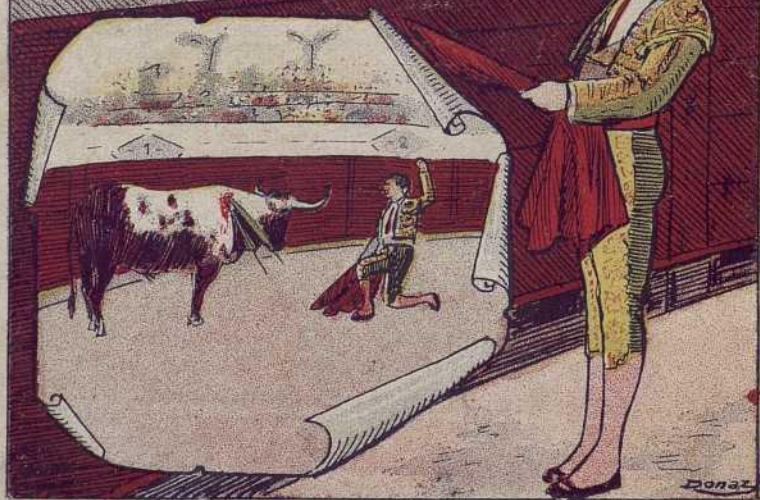


Los Grandes Toreros

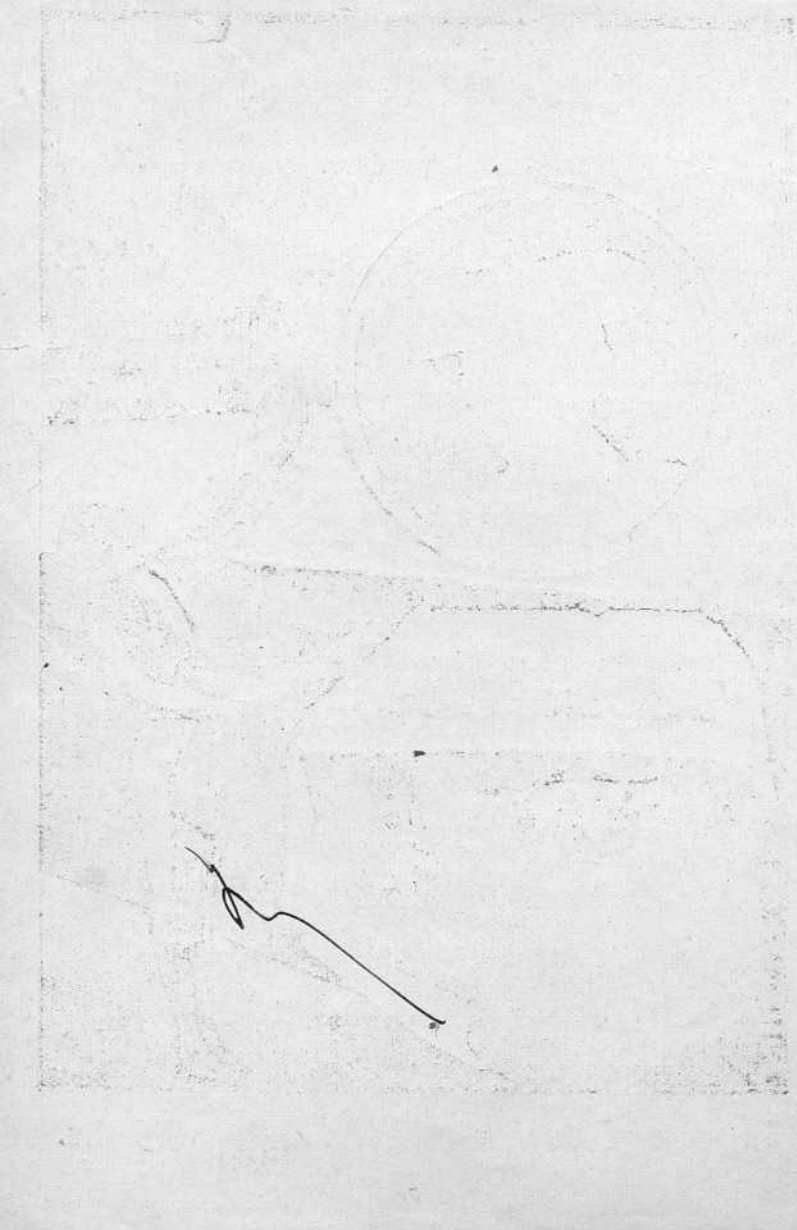
(38)



Su vida y su arte

15 Cts.

DONAZ



Antonio Fuentes Zurita

I

Antonio Fuentes nació en Sevilla el 15 de Marzo de 1869.

De sus andanzas taurinas se cuenta lo que de la mayoría de los toreros, por no decir de todos: su afición le llevó a correr de pueblo en pueblo, de capea en capea, para adiestrarse en la difícil profesión que deseaba abrazar. Muchos revolcones, muchas fatigas y más necesidades pasó Antonio en lo que podemos llamar su aprendizaje. Pero nada le arredró al que más tarde había de ser el asombro de los públicos y el niño mimado de la afición.

El año 1885, cuando sólo contaba diez y seis años, debutó como banderillero en

la plaza de Guillena, Sevilla, donde ya se manifestó como un rehiletero de empuje, que prometía *llegar*.

En la cuadrilla de Baldomero Castillo Guena, figuraba cuando este novillero marchó a Cuba, allá por el año 1887. Baldomero sufrió una grave cogida que le hizo perder sus facultades, pero Fuentes trajo de las Antillas una buena fama, que le hizo salir de la obscuridad en que vivía.

Después de formar parte de las cuadrillas de *Boto, Villarillo, Litri y Valladolid*, pasó a las órdenes de Francisco Arjona Reyes, *Currito*, el año 1892, a quien abandonó para ingresar en la cuadrilla de *Caraancha*, del que aprendió mucho y bueno, ciertamente.

En distintas ocasiones, los maestros a cuyas órdenes había trabajado, le cedieron el estoque y pudo probar Antonio que reunía envidiables condiciones para matador.

Luego de torear algún tiempo como novillero, Fernando Gómez, el *Gallo*, le dió la alternativa en Madrid, el 17 de Septiembre 1893.

Si hemos de ser sinceros, debemos decir que no fueron los primeros años de matador muy triunfales para nuestro biografiado. Antonio era un torero sin inventiva y sólo se concretaba a estudiar las

suertes conocidas para ir perfeccionándolas poco a poco. Ciertó que su mayor defensa consistía ya con los rehiletos en la mano, pues nadie como él arremetía francamente, metía los pies en la arena, y al meter la cabeza el toro, le burlaba con elegante quiebro de cintura, al mismo tiempo que metía los brazos y prendía las banderillas en las mismas bolas de la res, con una limpieza y elegancia insuperables.

Pero esto no bastaba. Había que hacer algo más, y como matador hemos de reconocer que Antonio se quedaba corto en aquella época.

No obstante, su nombre corría de boca en boca como una promesa del arte y figuró en los carteles de abono de la corte.

En la corrida del 27 de Mayo del año 1894, en la que tan triste fin tuvo *Espartero*, Antonio Fuentes figuraba en el cartel, con éste y *Zocato*.

El primer toro, llamado "Perdigón", de la vacada de Miura, produjo la muerte a Manuel García, como todos sabemos, y entonces el desconcierto entre las cuadrillas fué tan general, que ninguno sabía lo qué se hacía.

El propio Fuentes derramó unas lágrimas por la muerte de su compañero, pero se sobrepuso a su dolor y logró dominar la situación, acudiendo solícito en los mo-

mentos de peligro para evitar mayores desgracias entre sus desconcertados compañeros.

Puede decirse que gracias a su serenidad pudo terminar la corrida sin que hubiese de lamentarse sino la muerte del nunca bien ponderado maestro.

Esto le captó la simpatía del público y todos esperaban que, desde entonces, su fama crecería y podría ponerse junto a *Guerrita*, compartiendo con éste los aplausos de los públicos.

Pero no fué así, ciertamente. Antonio siguió demostrando su desigualdad a la hora suprema, lo que en él era imperdonable, pues sobradamente había demostrado tener conocimiento exacto de esta difícil suerte, como del resto de las que se compone la lidia de reses bravas.

Pero según nos enseñan las crónicas, Antonio tenía el defecto de herir a cabeza pasada, lo cual hacía pinchar en hueso frecuentemente.

Uno de sus biógrafos ha dicho de él:

“Si para Antonio no tuviesen los toros *hueso*, es más que seguro sería hoy el primero de nuestros diestros y no habría quién pudiera competir con él

”Con el capote y con la muleta no tiene rival; y cuando coge los palos y se adorna y cita sólo y sin más ayuda que su cuerpo,

y quiebra y mete los brazos... rara es la vez que el público no se vuelve loco de entusiasmo.

"El toreo de Fuentes es un toreo fino, en el que se echa de ver, desde luego, la inteligencia del maestro y el conocimiento que tiene de las facultades de la res.

"A las condiciones de su maestro *Carancha*, reúne Fuentes los conocimientos propios, hijos de la observación y del estudio. Por esto resulta un torerazo, más torero que espada, más lidiador que matador de toros."

II

En años posteriores figuró Fuentes en el cartel madrileño, si bien no hizo nada digno de mención, pues no lograba sacudir su apatía a la hora de matar, procurando siempre quitar el mal efecto que esto producía en el público, tomando las banderillas frecuentemente y haciendo con ellas verdaderas proezas y arrancando del respetable verdaderas y entusiastas palmas.

Pero estos triunfos no bastaban para que su labor como matador fuese muy discutida y censurada.

No obstante, Antonio logró mantenerse a buena altura, hasta que, al retirarse *Guerrita*, logró escalar el primer puesto.

Pero cuando puede decirse que nuestro biografiado sacudió su pereza y conquistó en buena lid el puesto que por mucho tiempo conservó, fué a raíz de la cogida que tuvo en Zaragoza el año 1903.

En los quince años que figuró en los carteles como matador de alternativa, cosechó muchas palmas en las plazas de la península, amén de las que le prodigaron en sus repetidos viajes allende los mares, de donde también trajo buenas talegas de pesos.

* * *

Pero los toros también le prodigaron sus caricias en más de una ocasión, y entre las diversas cogidas que tuvo este diestro, citaremos las siguientes:

En 1891, al estoquear un toro, recibió una herida en la plaza de Valladolid.

El 17 de Junio de 1894, en Madrid, un toro de Saltillo le produjo una herida en la región lumbar.

En Madrid también y el 30 de Septiem-

bre del mismo año, una res de Adalid le infirió una herida en el muslo derecho.

El 19 de Agosto de 1894, en Bayona, un toro de Navarro le produjo una herida en el brazo derecho.

En Abazán, el 27 de Septiembre de 1898, un toro de Carreras le causó graves contusiones.

El 1.º de Junio de 1900, en Barcelona, una res de Saltillo le volteó aparatosamente.

En Valencia, el 27 de Junio del mismo año, uno de Miura le ocasionó una herida en la mano.

El 12 de Abril de 1903, un toro de Palha, en Madrid, le dió una cornada en el muslo derecho, produciéndole una grave herida.

Un toro de Saltillo le produjo una grave herida el 14 de Octubre del año citado anteriormente, que hizo creer que quedaría imposibilitado para continuar dedicándose a su profesión.

Y, finalmente, en Valencia, el 1908, un toro de Saltillo le ocasionó una grave herida en la pierna.

III

Concretando, diremos, con la mayoría de los críticos que le juzgaron, que Antonio Fuentes ocupó en la tauromaquia un alto puesto, que conquistó por merecimientos propios y a costa de incesante labor.

Incapaz de crear nada, se limitó a perfeccionar lo que hicieron los grandes maestros, imprimiendo a su labor tal sello de elegancia, que pudo lograr mejorar grandemente varias suertes del toreo.

Inmejorable torero siempre y deficiente matador en los comienzos de su carrera, mejoró poco a poco en su forma de matar hasta llegar a ser, en los últimos años, un experto y arrojado espada. En banderillas se le califica como un innovador de la suerte del quiebro.

Total, que a la hora de retirarse, era Fuentes calificado unánimemente como un gran torero en toda la extensión de la palabra.

En cuanto a las condiciones y carácter de nuestro biografiado, sólo podemos de-

cir que fué siempre considerado como un hombre cortés, afable y espléndido, tal vez en demasía, razón por la cual no se retiró con gran fortuna, a pesar de haber ganado mucha plata en su carrera. Fué siempre hombre de exquisito gusto, y el primero que no estimó vestir de *corto* para ser torero. Sus detractores le tachaban de *gomoso*, y con esto decimos bastante.

Se retiró por primera vez el 4 de Abril de 1908, despidiéndose del público madrileño y continuando por provincias su despedida, hasta que la grave cogida sufrida en Valencia aquel año le hizo interrumpir la serie de corridas organizadas. Posteriormente volvió a los toros, pero más escaso de facultades, lo que le hicieron retirarse definitivamente.

IV

De que este famoso torero no toreaba a tontas y a locas y se preocupaba hondamente de estudiar las suertes que practicaba, tenemos buen acopio de pruebas. Y

a fin de que nuestros lectores puedan darse cuenta de lo acertado de esta nuestra afirmación, permitásenos transcribir lo que nuestro biografiado dice en la *cátedra* del *Arte Taurino*, respecto de la muerte del volapié.

“A los toros hay que prepararles bien con la muleta para luego poderlos matar con desahogo.

”Y para conseguir esto, lo principal consiste en las condiciones del toro, pues si no está inquieto ni nervioso, el torero se confía, se encuentra tranquilo y puede colocarse a satisfacción.

”—Vamos a ver. Modo de ejecutar el volapié. ¿Cuál cree usted que es el terreno del diestro?

”—Ni largo ni corto. Si es largo resulta la suerte, no al volapié, sino a paso de banderillas. Y si es corto, se queda uno ahogado en el embroque, sin poder salir de él. Y el caso es no salir por la cara, sino por la cola, rozando los costillares y en limpio.

”Además, el matador debe ponerse precisamente en medio de la suerte. Perfilarse con el pitón derecho es una costumbre muy fea, y perfilarse con el izquierdo es un absurdo, porque una de dos: o le coge a uno el toro o, si ha de salvarse el pitón

derecho, ha de hacerse un cuarteo muy pronunciado.

"Y la muerte de volapié consiste en atacar de veras hacia adelante y *derecho*, sin cuarteos.

"Claro está que para meter el estoque y que el toro se descubra, hay que bajar la mano izquierda, para que el animalito se vaya detrás de la muleta. Pero, créanme ustedes a mí: se baja la mano maquinalmente, casi sin darse uno cuenta de ello.

"—¿Y lo de doblar la cintura?

"—Esa es una frase de los aficionados.

"Yo creo que no hay tal cosa. Para eso sería menester que al espada le dieran un palo en el hombro.

"Lo que ocurre es que hay veces en que se ejecuta tan bien la suerte, que en el momento de la reunión se queda el matador como volcado inconscientemente sobre el morrillo, y resulta el grupo precioso.

"—¿Y los distintos terrenos para matar al volapié?

"—El mejor es el corriente, y por eso se llama en la suerte natural. El toro en los tercios, paralelo a las tablas, y el matador por dentro.

"Aquí puede uno recrearse, entrar despacio y herir a placer.

"En la suerte contraria hace muy poco el toro y hay que hacer mucho por él, ali-

gerando todo lo posible. Es suerte difícil, peligrosa y que no suele resultar bien, por lo cual se practica poco.

”Con los terrenos cambiados nos favorece el que el toro suele llevarse la espada. Pero como esto es porque hace mucho por el matador, éste tiene que aguantar mucha mecha, por lo que pasa el animal con el empuje que trae. Así es que el toro tiene de parte suya toda la ventaja, pues se arranca a favor de querencia y le cuesta poco ir. Mientras que al espada le cuesta ir, porque se encuentra en terreno comprometido. Se halla expuesto a que el bicho se lo lleve en la cabeza, pues al ir hacia su querencia en las tablas arrolla todo lo que se le pone por delante.

”—¿Y ahí? ¿Y en las tablas?

”—Ahí es donde resulta más peligroso el volapié.

”El toro está atrincherado, y con sólo cabecear, doblar el cuello o adelantar las manos, puede quedarse con el matador enganchado.

”Y eso es facilísimo, pues con cualquiera de estos movimientos no le deja al diestro pasar.”

V

Entre las anécdotas que se refieren de este torero, cítase una que es quizás la más famosa.

En un pueblo de Andalucía había de celebrarse una corrida, para torear la cual habíase contratado a un ilustre maleta apodado *Batatita*.

El diestro contratado no era ni de lo más *diestro* ni de lo más atrevido que en clase de maletas se ha dado. Acuciado por la necesidad de llevar a su casa un trozo de pan, habíase decidido a matar, aquella tarde, o a que lo mataran a él. Pero, a la vista del ganado adquirido para la fiesta, le entró tal pánico que, sonada la hora del festejo, el *Batatita* se había esfumado como el humo de una tagarnina.

El albeitar del pueblo, principal organizador del festejo, dióse a buscar al diestro

tal, hallándole, finalmente, y tras largas pesquisas, encerrado en cierto lugar estrecho y no muy bien oriente, que se halla en todas las casas, tanto del potentado como del más modesto labrador.

Requerido por el médico de las caballerías para que saliera de su escondite, el *Batatita* se agazapó más y más en su reducido encierro, negándose a salir. Y ya se daba el organizador a todos los demonios, cuando se presentó un muchachito enclenque y morenucho, rogando al enfurecido señor que se retirara, pues él se comprometía a hacer cumplir al diestro la palabra empeñada.

Así lo hizo el albeitar, y cuando se halló solo el *chavea*, que no era otro que Antonio Fuentes, llamó al acobardado diestro, asegurándole que sólo trataba de evitarle un disgusto.

Salió *Batatita*, que reconoció al aficionado, y nuestro biografiado le hizo cambiar su maltrecho traje por su remendada ropa, rogándole que no se hiciera el visible, pues pensaba substituirle en la lidia.

El temeroso torero prometió hacerlo así y Fuentes ocupó su puesto sin que el público advirtiera el cambio.

Y como estuvo sencillamente valiente y dió pruebas de grandes conocimientos en la lidia de reses bravas, fué objeto de una

delirante ovación y hasta salió en hombros del ruedo.

Terminado que hubo la fiesta, corrió Antonio al lugar donde se hallaba oculto *Batatita* y tornó a cambiar sus ropas.

Cuando el *Batatita* recibió del Ayuntamiento lo estipulado por la muerte de los toros que él no había matado, corrió en busca de Fuentes, ofreciéndole el dinero recibido, toda vez que él se lo había ganado.

—¡Quita de ahí ya!—le respondió Antonio—. Yo no he hecho eso por el dinero, sino por salvarte de un compromiso. Guarda esas monedas y llévalas a tu madre, que buena falta le hacen.

Batatita sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y estrechó contra su pecho a Fuentes, sin articular palabra. Su madre se hallaba a aquellas horas sin comer y esto lo sabía el futuro diestro, cuyos buenos sentimientos todos le han reconocido siempre.

* * *

Para terminar estas breves notas, consignaremos las frases que con respecto a Fuentes dijo el gran maestro Rafael Guerra, al retirarse del toreo:

“Después de mí, naide; después de naide, Fuentes.”

Y no se engañó el gran califa en su predicción. Por mucho tiempo, Antonio ocupó el puesto que el cordobés había dejado vacante.

CURRO ALGABA

FIN

